



EL EJEMPLO

EL señor y la señora Lerebour tenían la misma edad; pero el señor parecía el más joven, siendo el más débil de los dos. Vivían cerca de Nantes, en una bonita casa de campo que habían adquirido y acondicionado al retirarse de los negocios.

La vivienda estaba rodeada por un hermoso jardín y tenía corrales, kioscos chinos y un invernadero en comunicación con las habitaciones de la casa.

El señor Lerebour era rechoncho y jovial; su mujer, delgada y voluntariosa; pero no pudo vencer el buen humor de su marido con su carácter desapacible de mujer mal satisfecha. Se teñía el cabello, leía novelas, y aunque aparentaba despreciarlas, muchas veces la turbaron las emociones de sus lecturas. Creíanla muy apasionada, pero no hizo nunca la menor cosa que justificara esta opi-



nión. Su esposo decía de cuando en cuando: «¡Buena está mi mujer!» y el tono de sus palabras daba lugar á sospechas.

Hacía tiempo que la señora se mostraba siempre agresiva con el señor Lerebour, siempre irritada y violenta, como si una tristeza íntima é indecible la torturase; de lo cual resultó una desavenencia continua. Se dirigían apenas la palabra, y la señora, que se llamaba Palmira, abrumaba sin cesar al señor, que se llamaba Gustavo, con alusiones molestas, finuras intemperantes y palabras irónicas sin razón aparente.

El marido encogíase de hombros, y todas las triquiñuelas de su mujer no bastaron para nublar su buen humor; sin embargo, á veces meditaba qué motivo pudo agriar á su compañera, porque aquella irritabilidad tenía seguramente alguna causa oculta y difícil de adivinar.

Gustavo preguntaba con frecuencia:

—Vamos, dime lo que te sucede: ¿por qué te muestras disgustada contra mí? No disimules; reprochame lo que tengas que reprocharme.

Y ella contestaba invariablemente:

—Nada, no tengo nada; y después de todo, si hubiera un motivo de disgusto, tú debieras adivinarlo. No me gustan los hombres obtusos, de tal modo incapaces de comprender, que necesitan para enterarse de algo, una explicación minuciosa.

Y él murmuraba desalentado:

—Ya veo que no quieres hablar claramente.

Las noches, sobre todo, eran molestas para él, porque aún compartían el mismo lecho, como lo hacen los matrimonios honrados y sencillos. Palmira entonces agotaba el repertorio de vejaciones, reservándose para cuando se hallaban acostados el uno junto al otro, las burlas más vivas y las molestias más insinuantes. Principalmente se lamentaba con irónicas frases de la gordura de su marido.

—Tanto engordas, que poco á poco vas necesitando toda la cama para ti. Y tu sudor cae sobre mi espalda pegajoso como si fuera manteca derretida. Ya supondrás que no resulta esto muy agradable.

Le obligaba á levantarse con el menor pretexto, para que le subiera un periódico que había dejado en el comedor ó la botella de agua de azahar que Gustavo no encontraba porque Palmira la guardó bajo llave. Y le decía en tono furioso y sarcástico:

—Deberías tener cuidado y saber dónde se dejan las cosas.

Cuando él había recorrido toda la casa durante una hora, volviendo con las manos vacías, ella murmuraba:

—Vamos, acuéstate, paseos así te convienen para ver si adelgazas, porque bien lo necesitas. Te vas poniendo blando como una esponja.

Le despertaba con frecuencia, diciendo que la dolía el estómago y haciéndose dar fricciones con una franela empapada en Agua de Colonia. Gustavo hacía todo lo posible para curarla, desconsolado al verla sufrir, y si el supuesto ataque duraba mucho, proponía despertar á Consuelo, la criada. Pero ella enfurecíase, vociferando:

—No se te ocurren más que tonterías. ¿Para qué

despertar á nadie? Ya no me duele, ya puedes dormirte como un borrego.

El buen hombre preguntaba:

—¿Ya no sientes ningún dolor?

Y ella le decía bruscamente:

—Ninguno; cállate y déjame dormir. No me fastidies. Eres inútil para todo. No sabes hacer nada.

Gustavo, desconsolándose, insistía:

—Pero mujer, ¿qué quieres?...

Y ella, exaltándose, gritaba:

—¿Qué voy á querer de un hombre como tú? Déjame dormir en paz.

Y le volvía la espalda.

Pero una noche le sacudió tan bruscamente, que Gustavo saltó de la cama y se puso en pie con una ligereza desacostumbrada, balbuceando:

—¿Qué hay? ¿Qué ocurre?

Palmira, oprimiéndole dolorosamente un brazo, le dijo al oído:

—Alguien anda por las habitaciones.

Acostumbrado á las frecuentes alarmas de su mujer, se tranquilizó en seguida, preguntando con calma:

—¿Qué dices? ¿Qué sospechas?

Palmira, temblorosa, turbada, prosiguió:

—Oí andar, no lo dudes. Alguien anda por ahí. El no la hizo mucho caso.

—¿Alguien? ¿Eso imaginas? Sin duda oíste mal. ¿Quién puede andar á estas horas por la casa?

Ella, estremecida, murmuró:

—¿Quién, quién?... Ladrones, ¡imbécil!

Gustavo hizo intención de cubrirse de nuevo con la sábana.

—Lo soñaste sin duda; no hay ladrones.

Pero Palmira saltó de la cama frenética, diciéndole:

—Eres tan cobarde como incapaz. Yo me defenderé sola. No me dejes asesinar porque tú seas pusilánime.

Y cogiendo las tenazas de la chimenea, se quedó en actitud de combate junto á la puerta, cerrada con pestillo.

Arrebatado por aquel ejemplo de audacia, el marido se levantó de nuevo, y cogiendo la pala se puso junto á su mujer.

Aguardaron veinte minutos en el más completo silencio y en la más triste figura.

Ningún ruido turbó el reposo de la casa en ese tiempo, y acostándose otra vez la señora, dijo con rabia:

—Estoy segura de haber oído pasos.

Para evitar cuestiones, al día siguiente Gustavo no hizo la menor alusión á este suceso.

Pero por la noche, la señora Lerebour despertó á su marido con más violencia que en la víspera, y ahogándose, murmuró:

—Gustavo, Gustavo, acaban de abrir la puerta del jardín.

Sorprendido por la insistencia creyó á su mujer sonámbula, y cuando se resolvía tranquilamente á demostrárselo, le pareció también oír un ligero ruido junto á los muros de la casa.

Se levantó, corrió á la ventana y vió, en efecto, una sombra que atravesaba el jardín.

—Sí, hay gente, dijo angustiándose; pero recordando su brío, sintióse arrebatado por la cólera del dueño que ve allanada su finca, y exclamó:

—Que me aguarden; ya verán...

Abrió el secreter, sacó el revólver y se lanzó á la escalera rápidamente.

Su mujer le seguía diciendo:

—Gustavo, Gustavo, no me abandones. Gustavo, no me dejes aquí sola, Gustavo...

Pero él no la escuchaba, dirigiéndose hacia el jardín, y ella volvió á su alcoba con miedo, encerrándose...

Aguardó cinco minutos, diez minutos, un cuarto

de hora; víctima ya de un terror invencible, creyó que le habrían asesinado. El silencio la enloquecía; hubiera preferido que sonaran seis tiros de revólver, saber que, luchando, él se defendía...

Llamó al timbre; la doncella no acudió; desfallecía llamando segunda vez. La casa entera estaba sorda.

Aplicó á un cristal su frente, mirando con avidez hacia fuera, queriendo adivinar lo que le ocultaba la noche oscura; pero sólo distinguió, como grandes masas negras, los macizos y los paseos confusos y grises.

Era la media noche. Hacía ya cuarenta y cinco minutos que Gustavo salió, y no volvía. No le vería más. No. Seguramente no le vería más...

Cayó de rodillas, gimoteando.

Suaves golpecitos dados en la puerta la hicieron erguirse rápidamente. Su esposo la llamaba.

—Yo soy, Palmira, yo soy: abre.

Abrió y con los puños en las caderas, balanceándose fieramente y aún llenos de lágrimas los ojos, vociferó:

—¿De dónde vienes, animal? Me dejas muerta de miedo, y no te preocupas de tu mujer... Como si no existiera...

Gustavo había cerrado la puerta y reía, reía como

un loco, abriendo mucho la boca y sujetándose con las dos manos el vientre.

Palmira, extrañada, calló; su esposo decía entre carcajadas:

—Era... era... Consuelo... que había dado... dado una cita... en el invernadero... Si tú supieras... qué cosas... qué cosas he visto...

Palmira palideció, ahogándose indignada...

—¿Eh? Qué dices... ¿Consuelo?... ¿En mi casa?... ¿En mi... en mi... casa... en mi... en el invernadero? ¿Y no has matado al hombre? ¿Tenías un revólver en la mano y no le mataste... y consentiste que hicieran... en mi casa... en mi casa?...

No podía más y tuvo que sentarse para no caer.

Gustavo, tan alegre, tocaba las castañuelas con los dedos, contoneándose, relamiéndose, y riendo sin cesar.

—Si tú supieras... Palmira... si tú supieras ..

Bruscamente la estrechó entre sus brazos dándole un beso.

Palmira, empujándole indignada, repetía:

—No quiero á esa moza en mi casa ni un día más, ¿oyes? ni un día... ni una hora... la echaremos en seguida... en seguida...

El señor Lerebour, agarrando á su mujer por la cintura, la besaba en el cuello con entusiasmo. Pal-

mira calló, y él, sin dejar de acariciarla, iba empujándola dulcemente hacia la cama...

* * *

A las nueve, asombrada Consuelo de no ver á sus amos, que se levantaban siempre muy temprana-



no, dió unos golpecitos á la puerta de su alcoba. Estaban acostados todavía y hablaban alegremente.

—Señora, el desayuno—dijo Consuelo extrañando lo que veía.

La señora Lerebour, inclinándose dulcemente hacia ella, murmuró:

—Tráelo, hija mía; estamos un poco fatigados; hemos dormido mal.

Apenas la muchacha se fué, Gustavo, riendo mucho y haciendo cosquillas á Palmira, insistió:

—¡Ah! Si tú supieras... ¡Ah! Si tú supieras.

Ella le cogió las manos.

—No rías tanto, maridito mío; tranquilízate un poco... Basta, basta, que puede hacerte daño.

Y le besó en los ojos amorosamente.

Desde aquel día, la señora Lerebour no se mostró nunca desapacible y en las noches claras algunas veces el matrimonio avanzaba sigilosamente hacia el invernadero. Allí estaban en silencio muy juntitos largo rato, como si á través del cristal vieran cosas interesantes y extrañas.

Aumentaron el salario á Consuelo.

El señor Lerebour enflaquecía.





UN DUELO

YA no se luchaba; los alemanes invadían el territorio francés, palpitante como un hércules vencido que siente sobre sus hombros la rodilla del vencedor.

Salían del París enloquecido, hambriento, desesperado, los primeros trenes, atravesando con lentitud los campos y las ciudades. Los viajeros, asomados á las ventanillas, miraban las llanuras asoladas, los caseríos incendiados. En las puertas de las casas que no fueron destruidas, algunos prusianos fumaban tranquilamente su pipa, sentados á horcajadas. Otros hablaban ó trabajaban con los naturales del país, ayudándoles como si fueran de su propia familia. En los alrededores de una ciudad maniobraban regimientos enteros, y las voces de mando se oían roncadas y enérgicas.

*
* *

El señor Dubuis, que había pertenecido á la Guardia Nacional de París, mientras duró el sitio, iba en uno de los primeros trenes á Suiza, donde le aguardaba su mujer y sus hijos, enviados allí prudentemente, al iniciarse la invasión.

El hambre y las fatigas no habían disminuído su abultado vientre de comerciante acaudalado y pacífico. Sufrió terribles privaciones y la desventura que á todos lastimaba, con una resignación desconsoladora y con amargas frases, maldiciendo el salvaje instinto de los hombres. Acercándose á la frontera en el tren, cuando había terminado toda lucha, veía con intranquilidad á los prusianos, desconocidos para él hasta entonces, pues no se ofrecieron á sus ojos mientras cumplió con su deber en las murallas y estuvo de centinela durante noches muy frías.

Aquellos hombres barbudos y armados, invadiendo el país, habitándole como su propia casa, le producían un terror irascible, y sentía en su corazón una fiebre de patriotismo exaltado, á la par que una instintiva prudencia.

En su mismo departamento viajaban dos ingleses, dos turistas curiosos, y contemplaban los estragos de la guerra con ojos tranquilos. Eran también gruesos, y hablaban en su idioma, hojeando

con frecuencia la Guía, leyéndola en alta voz, tratando siempre de reconocer los lugares indicados.

El tren se detuvo en una estación humilde, y un oficial prusiano subió al mismo departamento, arrastrando el sable, que golpeaba ruidosamente los estribos del coche: un hombre robusto y gigantesco, embutido en el uniforme y barbado hasta los ojos.

Los ingleses le miraban con insistencia, y contraía sus facciones una sonrisa complaciente y halagadora, clara manifestación de una curiosidad satisfecha; pero el señor Dubuis, apelonado en su rincón, detrás del periódico extendido—que sostenía más para cubrirse que para leer—sentíase turbado como un criminal en presencia de un gendarme.

Se puso en marcha el tren. Los ingleses continuaron sus observaciones, precisando lugares de batallas; y, bruscamente, mientras uno de ellos tendía el brazo hacia el horizonte, señalando un villorrio, el oficial prusiano dijo, en francés, echándose cómodamente y estirando las piernas:

—Yo maté doce franceses en esa población, y les hice más de cien prisioneros.

Interesó vivamente á los ingleses aquella noticia, y exclamaron:

—¡Ah! ¿Cómo se llama ese villorrio?

El prusiano respondió con solemnidad:
—Farsbourg—y añadió con impertinencia—: He



zarandeado á muchos cobardes franceses, tirándoles de las orejas.

Y al decir esto miraba despreciativamente al señor Dubuis.

Avanzaba el tren, atravesando el territorio militarmente ocupado por los alemanes. Vefanse los cascots negros con punta dorada, en todos los caminos, en todos los campos, en todas las estacio-

nes; cubrían aquel país como una plaga de langosta.

El oficial, tendiendo los brazos, vociferó:

—Si yo mandara, hubiera destruído París y hubiera fusilado á todos los habitantes. ¡No más Francia!

Los ingleses, por cortesía, respondieron sencillamente:

—Sí, sí.

El militar, prosiguió:

—Dentro de veinte años, dominaremos en toda Europa: todo será nuestro; Prusia es invencible.

Los ingleses, disimulando la inquietud que sentían, callaron. Sus rostros impasibles, como de cera, no transparentaban emoción alguna. El prusiano soltó una carcajada, burlándose descaradamente de todo; recostado en el asiento, profería insultos contra Francia vencida, recordando que Austria fué también derrotada por ellos, poco antes; inspirábele risa y desprecio la defensa obstinada é impotente de las provincias, los voluntarios y los artilleros; anunciaba que Bismarck se proponía construir una ciudad de hierro con los cañones capturados. Y, de pronto, levantando una pierna, dió con el pie al señor Dubuis, el cual aplicó á la ventanilla su rostro enrojecido hasta las orejas.

Los ingleses habíanse refugiado en una indiferencia impasible, como en un islote apartado por completo del bullicio mundanal; eran dos estatuas.

El prusiano sacó la pipa, y encarándose desvergonzadamente con el francés, le dijo:

—Deme tabaco.

El señor Dubuis, respondió:

—No fumo, caballero.

El alemán estirándose, repuso:

—Cuando el tren se detenga, baje á comprar tabaco.

Y soltó una carcajada, satisfecho de añadir:

—Le daré propina.

La máquina silbó, disminuyendo su velocidad; pronto se detuvo ante las ruinas de una estación incendiada.

El prusiano abrió la portezuela, y cogiendo al señor Dubuis por un brazo le dijo:

—Haga el recado que le indiqué. De prisa, ¡de prisa!

Un destacamento alemán ocupaba el andén.

La máquina silbó de nuevo. El señor Dubuis, apeándose, pasó al departamento inmediato, mientras el tren se ponía en marcha.

*
* *

Solo ya, libre, jadeante, desabrochó los botones del chaleco, para desahogar su corazón oprimido, y se pasó el pañuelo por la frente.



Llegaron á la estación inmediata; el tren se detuvo, y el prusiano, asomándose á la portezuela, se metió en el departamento donde iba solo el señor

Dubuis. Los dos ingleses le seguían, impulsados por una curiosidad irresistible.

Sentándose frente al francés, dijo el alemán riendo:

—No hizo usted mi encargo.

—No, caballero.

El tren corría, y el prusiano añadió:

—Le arrancaré los bigotes para llenar mi pipa.

Y adelantó una mano hacia el rostro de su víctima.

Los ingleses no pestañeaban.

El prusiano completó su atrevimiento, agarrándole una guía, y el señor Dubuis, lanzándose de pronto sobre su verdugo, lo agarrotó. Ciego de cólera, congestionado, iracundo, sujetándole bien con una mano, con la otra le golpeaba el rostro fieramente. Intentó el prusiano librarse de los garfios que le retenían, de la mole que se le vino encima; pero el señor Dubuis le aplastaba con su enorme vientre. Le tenía sujeto con una mano crispada, golpeándole sin descanso con el puño libre. La sangre corría; el prusiano, ahogándose y escupiendo los dientes, hacía esfuerzos para librarse de aquella mole que le aprisionaba y martirizaba.

Los ingleses habíanse levantado para observar mejor la escena. De pie, complacidos y curiosos, á punto estuvieron de cruzar apuestas.

Fatigado, el señor Dubuis, incorporóse, y dejando su presa, volvió á sentarse.

Trastornado y dolorido el alemán, ya libre, no tuvo coraje para vengar inmediatamente su afrenta. Después de tomar aliento, dijo:

—Si no se bate usted, si no me ofrece una reparación por las armas, ¡le asesino!

El señor Dubuis respondió:

—Cuando usted quiera; estoy á sus órdenes.

El alemán se obstinaba:

—Llegaremos pronto á Strasburgo. Dos oficiales me apadrinarán; cerca de la estación, á pistola. El tren se detiene bastante.

Resoplando como una locomotora, el señor Dubuis preguntó á los ingleses:

—¿Querrán ser mis testigos?

Ambos respondieron:

—¡Sí!

El tren se detuvo; el prusiano saltó del coche, habló con dos oficiales, y en un momento quedó acordado todo, llevaron pistolas y eligieron lugar.

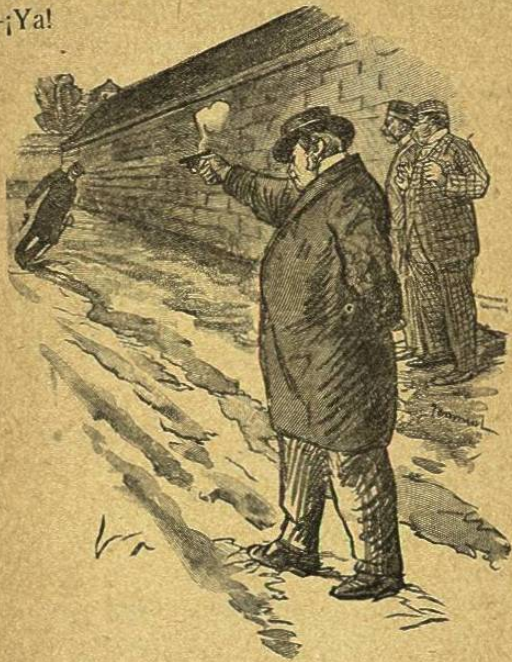
Los ingleses miraban con frecuencia sus relojes, apresurando los preparativos para no perder el tren, inquietos por la hora.

El señor Dubuis no había empuñado jamás un arma.

Le colocaron á diez metros de su enemigo.

—¿Están dispuestos?

—¡Ya!



Uno de los ingleses abrió el paraguas para librarse del sol.

—¡Fuego!

El señor Dubuis disparó, sin darse cuenta de lo que hacía, sin ver á donde apuntaba; y el prusiano

tambaleándose, levantó los brazos, y cayó de bruces muerto.

Los ingleses no pudieron contener una exclamación de su vibrante curiosidad satisfecha. Uno, cogiendo al señor Dubuis por un brazo, á paso de carga, encaminóse á la estación; el otro iba delante, con los puños cerrados y los codos unidos al cuerpo, marcando el paso:

—¡Uno! ¡dos! ¡Uno! ¡dos!

Los tres avanzaban, al trote, como grotescas figuras de un periódico festivo.

El tren se ponía ya en marcha; saltaron al coche y se dejaron caer sobre los asientos, respirando con satisfacción. Después, los ingleses, levantándose, con el sombrero en alto, repitieron tres veces:

—Hip, hip, hip ¡hurrah!

Y habiendo estrechado gravemente la mano derecha del señor Dubuis, volvieron á sentarse cada uno en su rincón, silenciosos, impenetrables.

